

Sus "Antimemorias": 90.000 ejemplares, primera tirada...



1944: El coronel Berger.

UN ENIGMA LLAMADO ANDRE MALRAUX

por JUAN
ALDEBARAN

De la aventura a la poltrona ministerial, pasando por la guerra de España

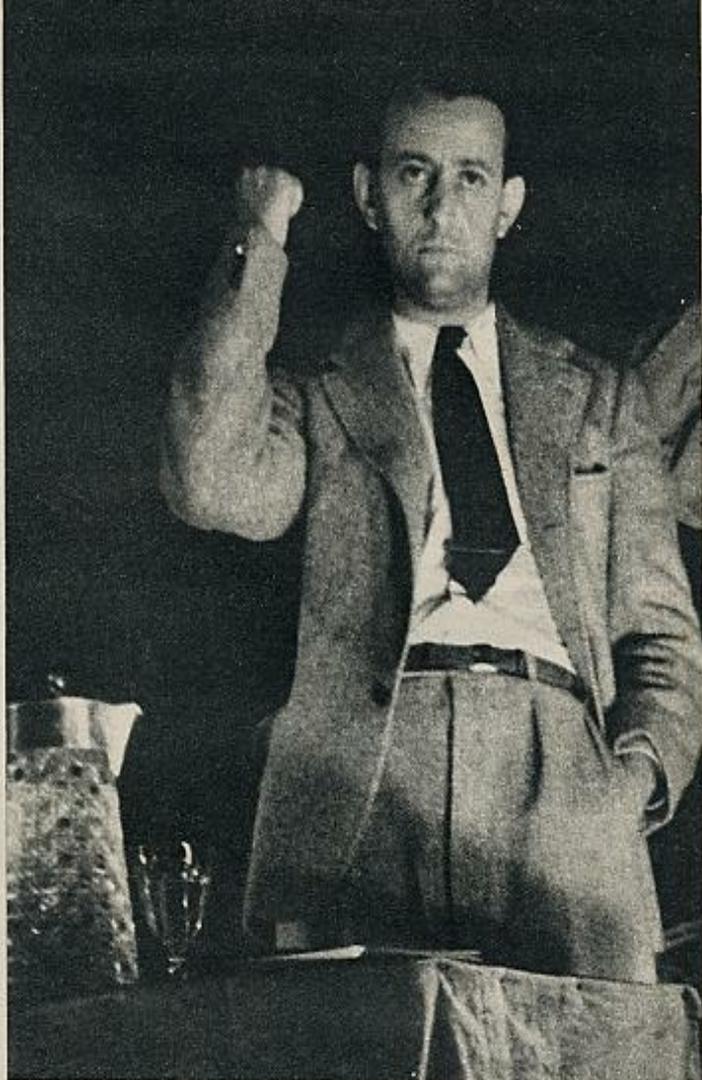
EN cuatro días el escritor-ministro André Malraux ha ganado unos tres millones de pesetas con un libro. Va a ganar muchos más. Los editores de todos los países se disputan los derechos de traducción, algunos semanarios quieren adquirir los derechos de publicar fragmentos; la excepcional primera edición francesa de noventa mil ejemplares va a ser seguida de otras, van a hacerse ediciones de lujo —ha habido ya una de dos ejemplares únicos, uno para el general De Gaulle y otro para Indira Gandhi— y los editores de libros de bolsillo esperan ya con avidez el momento en que puedan publicar este mágico libro del año. Las memorias de Malraux, sin embargo, no están escritas en tono popular. Y además, no son memorias. Son, como **SIGUE**



Con Mao; recuerdos sobre la «Larga Marcha».



1935, el tiempo del optimismo.



En el II Congreso Internacional de Escritores, 1937.

dice su título, «Antimemorias». El neologismo procede ya de otras ramas de la literatura. Se ha hablado de la «antinovela», de la «antipintura». ¿Qué se entiende por «antimemorias»? La explicación que da el propio Malraux es un poco confusa. Puede estar en la repetida frase «¿Qué me importa lo que sólo me importa a mí?», o en esta otra: «La verdad de un hombre es, en primer lugar, aquello que oculta». La «prière d'inserer» del libro, firmada por Jean Grosjean, dice que «André Malraux reflexiona sobre la vida, pero no a la manera de los memorialistas: se sirve de sus experiencias y de sus encuentros para interrogar la significación del universo». Por eso el libro se va fácilmente hacia ciertas formas metafísicas. Malraux ha vivido en los últimos cuarenta años, como testigo, algunas grandes aventuras históricas: el arranque del colonialismo en el Vietnam, el principio del comunismo en China, la guerra de España, la resistencia francesa y la experiencia del general De Gaulle, de quien es ministro de Cultura y al que ha representado en algunas de sus misiones históricas: con Mao Tse Tung, tras el reconocimiento de

China, o con Nehru, en una importante etapa de la historia de la India. Quienes esperaban encontrar en las «Antimemorias» algunas claves de estos acontecimientos históricos, se encontrarán decepcionados. Tendrán que seguir esperando, y quizá no tengan tiempo. Este volumen de «Antimemorias» es el primero de cuatro. Los otros tres serán póstumos: no aparecerán hasta después de la muerte del autor, que tiene sesenta y seis años y goza, felizmente, de muy buena salud. Las «Antimemorias» ofrecen algunos bellos retratos superficiales de personajes contemporáneos —Mao, Nehru, De Gaulle—, algunas reproducciones textuales de su novela «Les Noyers d'Altemburg», alguna paráfrasis de otras de sus obras —un guión de cine sobre «La condición humana» ocupa cien páginas— y bellas meditaciones sobre la tortura, la muerte, el heroísmo, la religión, el destino del hombre... Pero, ¿quién es André Malraux? Las «Antimemorias» no responden a esta pregunta que, ciertamente, es uno de los pequeños enigmas de nuestro tiempo. ¿Un aventurero, un ambicioso, un impostor? ¿Un comunista, un fascista? En todo caso, un gran escritor, un es-



La gloria... Autógrafos sobre la cartera de un fotógrafo.



UN ENIGMA LLAMADO ANDRÉ MALRAUX

teta, un pequeño filósofo, un investigador de la condición humana, un actor y testigo de grandes hechos, de grandes personajes. Otros dos libros que aparecen en los escaparates junto a las «Antimemorias» ayudan un poco a comprender la clave de Malraux. Uno es el de su primera mujer, Clara, que publica también sus memorias (sin «anti»), particularmente demoledoras para la figura del ministro; otro, el del profesor americano W. G. Langlois, «André Malraux, la aventura indochina». Otras muchas referencias nos pueden ayudar a completar la biografía que tan cuidadosamente disfraza André Malraux.

luna de miel, luna de papel

Parisiense, nacido el 3 de noviembre de 1901, estudiante aprovechado, diplomado en lenguas orientales, hijo y nieto de suicidas.

«Casi todos los escritores que conozco aman su infancia; yo detesto la mía» («Antimemorias», página 10). A los dieciocho años, pequeña bohemia estudiantil y literaria en París. «Era un Pierrot lunar de rostro huesudo pero romántico, con los ojos ardientes y la mecha negra, rebelde, que rechaza sin cesar con un gesto nervioso, aspirando su eterno cigarrillo, uno de esos muchachos de los que se piensa que será hermoso cuando tenga treinta años», escribe Pierre Vianson-Ponte. A los veinte años, luna de miel y luna de papel. La luna de miel con la rica heredera judía Clara Goldschmidt, con la que se va a Florencia —de donde vendrá el nombre de su hija, Florencia Malraux—; se casa con ella al regresar del viaje, y ya tenemos un nuevo personaje literario, Clara Malraux, que conservará el nombre de su esposo hasta después del divorcio, y lo utilizará aun para firmar el libro de memorias más resentido y más amargo

que se haya escrito contra Malraux. «Luna de papel» es el título de su primer libro, con ilustraciones de Fernand Léger y dedicado a Max Jacob. La riqueza de Clara le es útil. Durante un cierto tiempo: el dinero, si no se renueva, se acaba, Malraux se gastó el de Clara, hizo malas especulaciones en la Bolsa, y la pareja se encuentra sin recursos económicos.

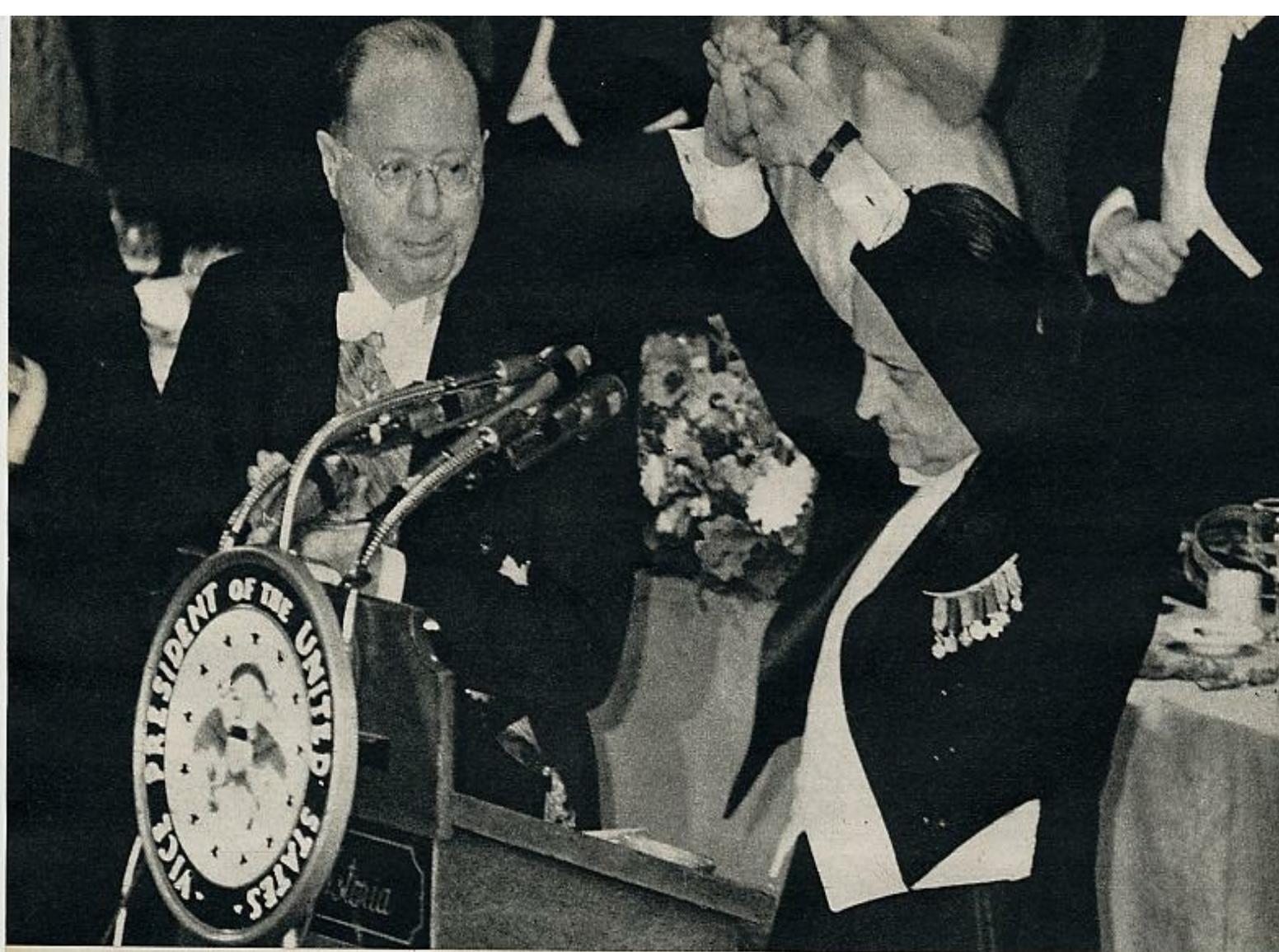
la aventura indochina

La primera aventura de Malraux comienza como la de tantos otros muchachos de buena familia pero con «mala cabeza»: se les manda a colonias. Pero como Malraux es orientalista, y esteta, y literato, parte con una misión arqueológica. Se va a excavar y a investigar al templo de Banteay Srey, en el Vietnam. Pero Malraux y su compañera Clara cometen un acto de-

lictivo grave. Con sus propias manos —y los instrumentos necesarios— arrancan algunos bajo relieves, se apoderan de objetos de valor arqueológico e histórico, los cargan en carretas y se los llevan, con objeto de venderlos. Para Langlois, estos hechos eran «un simple incidente debido al aturdimiento de la juventud y a un error de juicio, incidente deliberadamente aumentado por las autoridades locales por razones políticas y personales». Clara es menos indulgente. Según ella, la expedición fue cuidadosamente preparada y la misión arqueológica no era más que un pretexto; Malraux sabía perfectamente el valor de aquello que se estaba llevando y actuó con lucidez. Detenido en 1924, fue condenado, seis meses después, a tres años de prisión. Clara, absuelta, regresó a Francia y movió toda la literatura de la época —Gide, Mauriac, Maurois, Aragon, Breton... **SIGUE**

Malraux inaugura la exposición Picasso en el Grand Palais de París.





El gesto grandioso tras el discurso en el Instituto Francés de Nueva York.

—para conseguir el indulto, y lo consiguió. Malraux no cita el episodio en sus «Antimemorias». Cita, en cambio, su segunda aventura indochina. Un año después regresa, esta vez para oponerse a la autoridad colonial, cuyas injusticias ha conocido en la cárcel. Malraux está situado ya a la extrema izquierda. En Saigón funda un periódico titulado «Indochina», que dura tres meses, prohibido por las autoridades francesas; reaparece poco después con el título «Indochina encadenada», que dura tres meses más entre mil dificultades. «La administración colonial había conseguido prohibir a todas las imprentas de Saigón que imprimiesen el periódico del "Joven Anam", "Indochina", en la época de las expoliaciones de Baclieu. Los militantes habían reconstruido viejas prensas, y yo había venido (a Hong-Kong) a comprar caracteres de imprenta al único fabricante desde Ceilán a Shanghai: la misión de Hong-Kong. Regresé a Saigón con caracteres para idioma inglés, sin acentos. Era imposible componer» («Antimemorias», pág. 478). Del movimiento «Joven Anam»

fundado por Malraux nació el Vietminh, del Vietminh nació el Vietcong... De los viajes a Hong-Kong y a Cantón, los contactos con el comunismo chino que habrían de producir su mejor obra, «La condición humana». Los editoriales de Malraux en su periódico —que Langlois publica como suplemento de su libro, y son conocidos por primera vez del gran público— podrían figurar como obras maestras del anticolonialismo. Son verdaderas requisitorias contra la brutalidad y el autoritarismo de las autoridades francesas de Saigón.

literatura

Al regresar a Francia, Malraux se llevaba un botín mucho más rico que el que había arrancado del templo perdido en la selva: un botín de conocimientos humanos, de experiencias, de maduración de ideas, que su talento le iba a permitir transformar en literatura. «La tentación de Occidente», «Juventud europea», «Royaume farfelu», «Los conquistadores», «La vía real», «La condición humana». Esto ocurre entre 1926

y 1933. Malraux parece haber encontrado un nuevo estilo de literatura. «No creo —dice él mismo— que el novelista deba crear personajes. Debe crear un mundo coherente y particular, como los otros artistas». Los personajes son prolongación del autor: los hechos son reales y de esta forma conecta con el gran reportaje. Se habla de una «mitología de la revolución». Mauriac le describe, entonces, como un joven que avanza «con el puñal en la mano» contra una sociedad de cuya caída es profeta. Ocurre que el mundo está cambiando, y Malraux describe esos cambios en forma de novela. Este joven rebelde y desesperado, ¿es un comunista? Muchas veces se han hecho referencias a Malraux diciendo «el joven escritor comunista». No hay pruebas de que haya estado afiliado al partido. Parece más bien que fuese su compañero de viaje. En los últimos años, y en las «Antimemorias», y sobre todo desde que es ministro de Cultura del general De Gaulle, Malraux se presenta a sí mismo como «anticomunista». No como anticomunista «actual», sino

«de siempre». Lo cual, inevitablemente, no puede tomarse en serio.

malraux en la guerra de españa

«Háblame de su pasado», le dice el general De Gaulle en su primera entrevista, cuando va a iniciar su carrera política. «Hubo —dice Malraux— la guerra de España, y fui a combatir en España. Pero no en las Brigadas Internacionales, que no existían aún, y a las cuales hemos dado tiempo de existir: el partido comunista reflexionaba...» («Antimemorias», página 125). La sensación que da Malraux —y que luego repite— es la de que vino a España para no dar tiempo al comunismo a intervenir, y que fue ajeno a las Brigadas Internacionales. ¿Responde esta versión, con la que se justifica ante el general, a la realidad?

André Malraux vino a España después de otra breve aventura en los países árabes, en busca del reino de Saba, después de una serie de actividades políticas que le llevaron a participar en el Congreso de escritores soviéticos de 1934



UN ENIGMA LLAMADO ANDRÉ MALRAUX

y de la presidencia del Comité Mundial antifascista —fue a Berlín a pedirle a Hitler la libertad de Dimitrov—; no parecía tener entonces más problemas con el partido comunista que su amistad con Trotsky, exiliado en París. En primer lugar, Malraux inició con el gobierno francés la compra de aviones para la república. «El Byron de su época, André Malraux, que entonces se encontraba en muy buenas relaciones con los comunistas (aunque nunca llegó a ser miembro efectivo del partido), actuó como comprador en nombre del gobierno republicano». «André Malraux organizó en Alcantarilla la escuadrilla del aire de las Brigadas Internacionales y técnicos soviéticos se encargaron de llevar adelante un campo de entrenamiento en Los Alcázares» (Hugh Thomas, «La guerra civil española», París, 1962).

Un testigo de excepción, el general Hidalgo de Cisneros, que

entonces era jefe de la aviación republicana, describe de una manera crítica la actuación de Malraux en España. «Yo no puedo decir que Malraux en aquella época no fuese, a su manera, un hombre progresista, ni que no viniese a España de buena fe para ayudar a los republicanos, tal vez ilusionado con el pensamiento de hacer en nuestro país el papel de lord Byron en Grecia. Lo que sí puedo y debo decir es que Malraux, que por su personalidad como escritor podía habernos sido útil, se anuló él mismo al pretender hacerse jefe de una escuadrilla sin haber visto en su vida un avión, sin tener la menor idea de lo que es la aviación, y sin darse cuenta de que no puede jugar a los aviadores sin serlo, y mucho menos en una guerra. En cuanto se refiere al grupo de aviadores que vinieron con Malraux, siento mucho tener que desilusionar a los muchos franceses que vieron en ellos a unos héroes

En Pekín, ante un Buda.



1966: En la Asamblea Nacional del Senegal. Tema: «El arte en la vida».

románticos y amantes de la libertad, cuya actuación a favor de los republicanos españoles podía compensar en parte las canalladas que cometieron con la república los gobernantes franceses durante nuestra guerra. Salvo tres o cuatro (...) los demás aviadores de Malraux eran unos aventureros a los que tenía sin cuidado nuestra lucha. Unos auténticos mercenarios atraídos por el fantástico sueldo que se les pagaba (50.000 francos mensuales en aquella época), que durante su permanencia en nuestro país nunca hicieron nada de provecho y, en cambio, nos dieron muchos quebraderos de cabeza. Malraux, como no sabía nada de aviación, tuvo que ponerse en sus manos, y es fácil comprender las faenas que podían hacer esos aventureros, sin un jefe capaz de frenarlos. Más que una ayuda, fueron para nosotros una carga. En varias ocasiones intenté licenciarlos, pero el gobierno se oponía alegando la mala impresión que produciría en Francia cuando se supiese que habíamos tenido que echar de España, por inútiles y sinvergüenzas, a

estos aviadores que una falsa propaganda había convertido en *heroicos defensores de la libertad*» (Ignacio Hidalgo de Cisneros, «Memorias», París, 1964). Ciertamente, Malraux no era aviador profesional («Yo no era piloto», dice, cuando relata su aventura en busca del reino de Saba; fue entonces su piloto Corniglion-Molinier, que también sería, más tarde, ministro), pero conocía sin duda más de aviación y de guerra de lo que supone el general. En «L'Espoir» cuenta algunas de sus hazañas de guerra, como el bombardeo de una columna en Medellín. Puedo ser que sus actividades fuesen más literarias y propagandísticas (como relata Tuñón de Lara en «La España del siglo XX», Librería española, París, 1966) que militares. La aventura española, como la indochina y como su breve estancia en China, serviría a Malraux para la decantación literaria. Su libro «L'Espoir» se publicó antes de que la guerra terminase, en 1937, al mismo tiempo que una película con el mismo título. El film se **SIGUE**

UN ENIGMA LLAMADO ANDRE MALRAUX



En Dakar, el Arte Negro.

proyecta aún hoy en los cineclubes: está considerado como una obra maestra. La novela es probablemente la mejor que haya inspirado a un extranjero la guerra española, aunque más por sus disquisiciones filosóficas en torno al juego del hombre y la muerte que por el reflejo del contexto de España. Podía haber sido escrita con motivo de cualquier otra guerra.

la «verdadera» guerra

«Después vino la guerra, la verdadera...» («Antimemorias», página 125). La «verdadera» la llama porque, al fin, era «su» guerra. «J'ai épousé la France», dice ante el general De Gaulle, a quien sabe que la frase va a impresionar. Después de haber sido nacionalista, se vuelve internacionalista. Se hace tanquista. Llega la derrota, y se compromete en la resistencia: es el «Coronel Berger», jefe de los «maquis» del Sur, que un día se atreve a hacer ondear en su coche la bandera tricolor de la

República Francesa y, naturalmente, es atacado y hecho prisionero por los alemanes. Le someten a un simulacro de fusilamiento, y luego le conducen a una prisión donde nunca llega a ser torturado, pero donde presencia la tortura de los demás. Aún está en la cárcel cuando llegan los aliados y le liberan... Pero en la resistencia morirán sus hermanos Claude y Roland (Malraux iba a casarse con la viuda de este último, Madeleine, que será su tercera mujer; la segunda, después de haberse divorciado de Clara, sería la novelista Josette Clotys, a la que había conocido en la guerra de España, y que murió en 1944). Los dos hijos que tuvo con Madeleine Malraux murieron en un accidente de automóvil, en 1961.

malraux, ministro

Un día, un personaje llamó a la puerta de su casa de Boulogne

(la misma que, años más tarde, iba a ser dinamitada por la O.A.S., que en vez de alcanzar al ministro dejó ciega a una niña, la pequeña Delphine Renard) y le dijo que el general De Gaulle le llamaba «en nombre de Francia». Era su primera entrevista con De Gaulle. En ella, se describe nacionalista y anticomunista. «En el dominio de la historia, el hecho capital de los últimos veinte años es la primacía de la nación. Diferente de lo que fue el nacionalismo: la particularidad, no la superioridad». «He comprendido que todo ocurría como si el comunismo fuese, al fin, el medio descubierto por Rusia para asegurarse su lugar en el mundo y su gloria: una ortodoxia o un paneslavismo que hubiera tenido éxito...». «Creo que no solamente el liberalismo, sino el juego parlamentario, están condenados en todos los países donde los partidos tengan por compañero un

partido comunista potente. El gobierno parlamentario implica una regla de juego, como lo muestra el más eficaz de todos: el gobierno británico. Y basta con que un compañero no siga las reglas para que el juego cambie de naturaleza. Si el partido radical, el partido socialista, son partidos, el comunista es otra cosa». En un momento, se deja llevar de un cierto republicanismo, al recordar que la guerra del 14 fue ganada por una república, y el general le interrumpe para decir: «No fue la república la que ganó la guerra del 14, sino Francia...» («Antimemorias», pág. 125 y siguientes). Esta nueva forma de pensar es la que conduce a Clara Malraux a tratarle como un renegado y un neofascista. Es la que le sirvió para ser ministro. Ministro de Cultura, que dijo un día en el Consejo de Ministros: «De todos los aquí reuni-

El primer ministro, Shastri, recibe al ministro francés en Nueva Delhi.





Con los últimos compañeros, el primer ministro Pompidou y el de Finanzas, Debré.

dos, yo soy el único que no sabe lo que es la cultura...».

las misiones

De Gaulle sabe bien lo que tiene que hacer con Malraux. No es solamente organizar exposiciones, restaurar museos, dotar de un nuevo decorado el techo de la Ópera: dedicarse, en fin, a la cultura. Es, sobre todo, representarle allí donde su presencia puede ser recordada y grata. El antiguo anticolonialista de Saigón tiene que ir a la Guayana y la Martinica para explicar a aquellas revueltas poblaciones por qué Francia no les concedía la independencia. No fue muy bien recibido. Después, a la India, cuyo arte y cuya mística conoce admirablemente desde que desmontó las piedras sagradas de un templo. En la India está Nehru, quien le recibe diciendo: «Así, usted es ahora ministro...». La frase no significaba «forma usted parte del gobierno francés». Un poco balzaquiana y, sobre todo, hindú, significaba «he aquí su más

reciente encarnación». «Sus gestos, en otros tiempos amplios, se dirigían ahora hacia el cuerpo, con los dedos casi replegados. En esos gestos frioleros encontré un encanto para su autoridad que nunca he vuelto a encontrar» («Antimemorias», pág. 193). Después de la India, China, y un espléndido relato de la «Larga Marcha». En China, Malraux ya no es anticomunista, como en la India. Es más bien antisoviético. Allí está el mariscal Chen Yi, «jovial, con su rostro liso (frecuentemente, los chinos envejecen en el plazo de unos meses) y una risa amplia y cortante». Chu en Lai, que «ha envejecido como tenía que envejecer: las concavidades de su rostro se han profundizado». «Ni truculento ni jovial: perfectamente distinguido». Está, en fin, Mao Tse Tung: «El mismo tipo de rostro redondo, liso, joven, que el del mariscal (Chen Yi). La célebre verruga en el mentón, como un símbolo búdico. Una serenidad más inesperada aún porque pasa por ser violento». No es preciso decir que la

conversación con Mao, las conversaciones con estos personajes, tienen un elevado interés humano y personal, pero no llegan nunca a la revelación de secretos políticos.

epílogo

Para el epílogo, Malraux guarda un largo momento de emoción. Van a trasladarse los restos de Jean Moulin, que fue héroe de la resistencia francesa, y Malraux es el encargado de pronunciar la oración fúnebre. Es de noche, la escena en el Panteón está iluminada por la luz de millares de antorchas, de los rostros de los antiguos combatientes caen lágrimas. Y Malraux, elevado y distante, habla, saluda al «pueblo de las sombras», del que Jean Moulin fue un día jefe, y él también...

Muchas veces, leyendo este libro, se piensa si Malraux no habrá sido ministro por conocer una aventura más. Se cuenta que una vez Picasso, molesto porque Malraux no le había invitado a una exposición colectiva, le envió un telegrama donde le decía: «¿Crees que he muerto?»; Malraux le con-

testó con otro: «¿Crees, de verdad, que soy ministro?». Este guiño de ojos entre dos viejos compañeros de arte y de bohemia, este sobrentendido de intelectuales, es probablemente más humano que todo el libro de Malraux, inquietante por todo lo que oculta, por su misma composición, que parece responder al retrato hecho por él mismo de un personaje de «La condición humana»: «Era un hombre ávido de representar su biografía como un actor representa un papel...». Quién sabe si un día, cuando salga del Ministerio —los gobiernos no son eternos, y el del general De Gaulle parece tocado de ala—, pueda escribir un libro sobre la aventura ministerial. Quién sabe si ese libro está escrito ya, y forma parte de los tres volúmenes que deben serle póstumos de esta «Antimemoria» que, por ahora, es un libro para iniciados, para conocedores de ese enigma que se llama André Malraux, y para que el enigma no deje de serlo aún.

J. A.

(Fotos ARCHIVO)